

comprendía menos el cristiano. Pero lo que había de extraño es que éste bebía continuamente mientras ella cantaba, y demostraba una gran alegría, como si comprendiera sus palabras. Mi asombro no tuvo límites cuando vi el extraordinario número de mujeres y la enorme cantidad de riquezas que habían caído en manos de esas gentes.»

Relaciones de este género, llevadas á todas las provincias de Francia, enardecían las imaginaciones y suscitaban las vocaciones belicosas. La Borgoña, en particular, vino á ser, á fines del siglo XI, un verdadero foco de entusiasmo por la cruzada española. Conducidos por su duque Eudo I ó por sus barones, desde 1075 á 1095, los borgoñones afuían casi cada año allende los montes. No porque fuesen ellos más aventureros que muchos otros, sino porque la gran abadía de Cluni los reclutaba y los lanzaba contra el infiel. Esos monjes estaban en relaciones muy estrechas con los reyes de Castilla y de Navarra, á quienes proporcionaban auxiliares franceses. La guerra hecha á los árabes y el progresivo retroceso de la frontera sarracena les valían numerosos prioratos y vastos dominios. En cambio, los cristianos de España debieron á Cluni, además de los socorros del feudalismo borgoñón, la mayor parte de las instituciones religiosas que les unían á la Iglesia de Occidente.

Las relaciones establecidas entre la nobleza de Francia y la de la Península tuvieron en política consecuencias de gran alcance: las alianzas matrimoniales concertadas entre las casas de los duques y de los condes de Borgoña con la familia reinante en Castilla; el condado de Portugal constituido en favor de un príncipe borgoñón, Enrique; otro barón de la misma raza, Raimundo, llamado á ser el yerno de Alfonso VI y el tronco de una nueva dinastía de Castilla y de León. Los franceses no se contentaban con arrancar á los sarracenos una parte de tierra española; se adjudicaban en ella principados é infundían sangre nueva y vigorosa á las dinastías indígenas que habían solicitado su auxilio.

III.—Los normandos en Italia (1)

En la misma época, los normandos realizaban allende los Alpes, con más éxito y lucimiento, una obra aún más difícil. Transportados á la Italia del Sur y á la Sicilia, fundaban allí, en menos de sesenta años (1016-1073), una dominación política de primer orden. El punto de partida fué un episodio de la historia de las peregrinaciones y del culto tributado á los santos.

Entre el San Miguel de la famosa isla normanda y la basílica del mismo nombre que desde la cima del Gargano dominaba el Adriático, existían relaciones espirituales por lo menos desde el siglo VIII. Aquí y allí

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Von Schack, *Geschichte der Normannen in Sicilien*, 1889; de Heinemann, *Geschichte der Normannen in Unteritalien und Sicilien bis zum Aussterben des normannischen Koenigshauses*, tomo I, 1894. Schwartz, *Die Feldzüge Robert Guiscard's gegen das Byzantinische Reich*, 1854. Tafel, *Konnnen und Normannen*, 1870. Hessel, *Die Historia Sicula des Anonymus Vaticanus und des Gaufridus Malaterra*, 1891. Amari, *Storia dei Musulmani di Sicilia*, 1885. Delarc, *Les Normands en Italie, depuis les premières invasions jusqu'à l'avènement de Grégoire VII*, 1883. Boito, *Architettura del medio evo in Italia*. Siragusa, *Il regno di Guglielmo I in Sicilia*, 1885.

el santo era el mismo. Muchos normandos visitaban los santuarios al ir ó al volver de un viaje á Jerusalén. Así lo hicieron un puñado de peregrinos que, volviendo de la Siria en 1016, acogieron con gozo las proposiciones de los habitantes de Salerno, inquietados por los sarracenos. En un periquete los normandos pusieron en fuga á los musulmanes, poco acostumbrados á tan rudos adversarios. Los salernitanos, maravillados, hubieran querido que esos peregrinos se quedasen allí, para que continuaran protegiéndolos; pero éstos, «no habiendo obrado más que por el amor de Dios,» se negaron á aceptar nada y se excusaron de no poder establecerse en Salerno. «Entonces, dice el cronista Aimé de Monte-Casino, los burgueses de esta ciudad enviaron mensajeros á los normandos victoriosos. Les dieron limones, almendras, nueces confitadas, mantos de púrpura, útiles de hierro adornados de oro, á fin de que invitaran á sus compatriotas á establecerse en un país que producía la leche, la miel y todas esas bellas cosas. Vueltos á Normandía, los peregrinos dieron, en efecto, testimonio de lo que habían visto, é incitaron á los señores á que fueran á Italia. Algunos tomaron la resolución y tuvieron el valor de ir allá á causa de las riquezas que se encontraban en aquel país.»

Tal fué el origen modesto de la conquista de las dos Sicilias. El móvil religioso desapareció pronto para ser reemplazado por el amor á la tierra y al saqueo. Los normandos, atraídos por ese cebo, se esparcieron por Italia en bandas cada vez más numerosas, bajo la dirección de Raúl de Toéni, después de Ranolfo, y por fin de los hijos de Tancredo de Hauteville, Guillermo *Bravo de Hierro*, Omfroi y Dreu. Una emigración considerable, regularmente organizada, no cesó de arrastrar hacia los Alpes una oleada de hombres á la que servía de marco la nobleza normanda, pero que también procedía, sin duda, de las otras provincias del Norte de Francia. ¿Cómo explicar de otro modo la rapidez de la conquista y la extensión de esta nueva potencia sobre tantos puntos de la Italia del Sur, desde mediados del siglo XI? En ese batiborrillo político y religioso en que se hablaban todas las lenguas y se agitaban confusamente griegos, italianos, sarracenos y lombardos, unos extranjeros astutos y sin escrúpulos se encontraban en condiciones muy favorables para sus propósitos. Los jefes normandos explotaron con maravillosa habilidad las divisiones que motivaban las luchas en los principados y las ciudades y entre los abades de la Pulla y de la Calabria. Se mezclaron en todos los conflictos, sobresaliendo en el arte de pescar en esta agua turbia y recogiendo buena presa en todas las redadas.

Estos caballeros astutos aterrorizaban, por otra parte, á los italianos con sus desapiadados procedimientos de combate. El robo á mano armada, el saqueo, la destrucción sistemática de los cultivos, los refinamientos de crueldades ejercidas en las personas, hacían de esos invasores unos seres maléficos cuyo solo nombre difundía el espanto. El papa León X habla de ellos con verdadero terror: «He visto á ese pueblo indisciplinado, con una rabia increíble y una impiedad que excede á la de los paganos, asolar en diversos sitios las iglesias de Dios, perseguir á los cristianos y hasta algunas veces hacerles morir en tormentos horribles y desconocidos anteriormente. No perdonan ni á los niños, ni á los vie-

jos, ni á las mujeres; no distinguen lo sagrado de lo profano y saquean las iglesias de los santos, las que incendian y arrasan hasta el suelo.» Un monje de Benevento se indigna de verles arrancar las viñas, quemar las cosechas, transformar en desierto lo que no pueden coger. Testimonios de enemigos, es cierto; pero los que son favorables dejan también traslucir la verdad. «En 1058 la Calabria fué víctima de tres azotes espantosos suscitados por la cólera de Dios, á causa de los pecados de los hombres. El primero era la espada de los normandos, que no daban cuartel á nadie; los otros dos, la peste y el hambre.» Así se expresa el cronista Gaufrido Malaterra, cuyo libro, dedicado al rey Roger, glorificaba la conquista normanda.

Contra esos vencedores pérfidos y feroces, los indígenas usaban algunas veces de represalias. Unos aldeanos calabreses se introducen un día en el castillo de Leucastro, bajo pretexto de cumplir allí un deber de fidelidad, y acuchillan de sopetón á los sesenta normandos que lo guardaban. En otra parte, los italianos asesinan en una iglesia á uno de los hijos de Tancredo de Hauteville, Dreu. Cuando los normandos hubieron conseguido capturar al asesino, le aserraron todos los miembros, y como aún respiraba, le enterraron vivo. El odio de los italianos se exasperó. Todo lo que llevaba el nombre de normando se les hizo odioso. Un abad de Fécamp, que había ido á Roma en 1053 y había sido encargado de una misión por la Silla Pontificia, fué detenido y desbalijado por los habitantes de la campiña romana. El mismo cuenta sus desgracias al papa Leon IX: «Los italianos están de tal manera irritados contra nosotros, que un normando no puede viajar en este país, hasta para una peregrinación, sin que se vea asaltado, robado, despojado, molido á golpes, llevado á la prisión y á menudo encarcelado hasta la muerte.»

Se puede juzgar de las costumbres del ejército conquistador por la conducta de aquellos que lo dirigían. A Guillermo *Bravo de Hierro* y á Omfroi sucedieron Roger y su hermano Roberto Guiscard. El primero vivió mucho tiempo de los robos que cometían sus hombres, y él mismo en caso de necesidad daba el ejemplo. En Melfi apercibe, en la casa donde está alojado, unos caballos que excitaban su codicia: con ayuda de su escudero, «maravillosamente hábil cuando se trata de robar,» se apodera de esos caballos durante la noche y escapa con su botín. En Scalea, donde está acantonado, acechando la presa, recibe la noticia de que unos mercaderes de Melfi que regresan á sus casas están próximos á pasar. Toma en seguida ocho soldados, cae encima de los viajeros, los desbaliña y no los pone en libertad sino después de haber cobrado un rescate.

La princesa bizantina Ana Comnena nos ha dejado el retrato de Guiscard. En lo físico, un Hércules rubio, de tez colorada, modelo de belleza varonil, con anchas espaldas y «ojos de lanzaban relámpagos.» En lo moral, un ambicioso de una astucia extrema. Nos lo presenta abandonando la Normandía con cinco caballeros y treinta hombres de á pie, y yendo á habitar, en Calabria, en la cima de las montañas y en inaccesibles cavernas. «Allí, á manera de bandidos, saqueaban á los viajeros y se procuraban armas y caballos.» Parapetado, en efecto, en las rocas de San Marcos, este salteador se echaba sobre los transeuntes y organi-

zaba vastas correrías. Aimé de Monte Casino enumera cuidadosamente sus hazañas, cuenta hasta los bueyes, las yeguas, los cerdos, los carneros que llevaba al anochecer á su guarida, sin hablar de los hombres detenidos, torturados, obligados á rescatarse caramente. Más tarde, Roberto Guiscard no hizo más que ampliar su procedimiento. Adquiere castillos y quintas, saquea la Campania, la Pulla, la Calabria, entra en Tarento y en Reggio (1047-1060.) «Devoraba la tierra,» dice el cronista benedictino.

Fué entonces cuando esa potencia normanda, tan rápidamente formada, comenzó á inquietar á los papas León IX, amenazado de perder Benevento, que reivindicaba la Iglesia romana, no se contentó con excomulgar á esos saqueadores: dirigió contra ellos un ejército de italianos y alemanes y fué completamente derrotado en Civitate (1053). Jamás vencedor alguno se en- **1053** contró más apurado por su victoria. Los normandos se arrojaron á los pies de este papa, á quien podían llevar prisionero, é imploraron una penitencia «igual á los pecados que habían cometido.» León IX les dió su bendición, y ellos, en cambio, «le prometieron ser fieles y reemplazar cerca de él á los soldados que había perdido en la batalla.» El papa no se sirvió de esos auxiliares improvisados; sentía el amargor de su derrota y no pensaba más que en repararla, con ayuda del emperador Enrique III, cuando la muerte vino á sorprenderle (1054).

Sus sucesores, inspirados por Hildebrando, comprendieron mejor sus intereses y se apresuraron en aprovechar la buena voluntad y el vigor de las tropas normandas. Ellas solas podían dar al papado la fuerza material que le era necesaria para afirmar su poder temporal y defenderse contra sus enemigos. La alianza definitiva quedó concertada en Melfi entre Roberto Guiscard y el papa Nicolás II (junio de 1059). El normando **1059** prestaba á la Santa Sede un juramento de vasallaje, se comprometía á defenderle contra todos los ataques, á respetar á Benevento, á pagar tributos y á hacer observar los decretos sobre elección de los papas que acababa de dar el concilio de Roma. El papa, por su parte, legitimó las conquistas presentes y futuras de los normandos en la Pulla, la Calabria y la Sicilia (países sobre los cuales Roma no tenía absolutamente ningún derecho), y reconoció á Roberto el título de duque.

Así todo les salía felizmente á esos aventureros, convertidos de salteadores de caminos en grandes señores, aguardando que llegaran á ser fundadores de estirpes reales. Los invasores, gentes de saco y cuerda, se vieron popo á poco transformados en misioneros de la Iglesia ortodoxa y de la Santa Sede. Cuando llegados á orillas del estrecho de Mesina, no tuvieron delante de ellos más que la grande isla ocupada por los musulmanes, entonces empezó la guerra santa.

Como siempre, los normandos aprovecharon con una habilidad consumada las contiendas que dividían á los sarracenos de Sicilia. Un emir de Siracusa, Ibn-Thimna, negoció con Roberto en Reggio, con Roger en Mileto. Cuando la diplomacia lo hubo preparado todo, la espada hizo su deber. La batalla decisiva fué librada sólo por Roger, cerca de la pequeña villa **1062** de Cerami (1062), donde le esperaban las tropas africanas de Ayub, hijo del sultán de Túnez, y las de los musulmanes de Palermo.

Si se ha de dar crédito al cronista Malaterra, el exbandido habría animado á sus soldados con el entusiasmo y el acento religioso de un jefe de cruzada: «Nosotros somos la milicia de Cristo: todos nosotros llevamos su signo; así no nos abandonará, si no nos abandonamos nosotros mismos. Nuestro Dios es el Dios todopoderoso. Esas gentes, esos sarracenos son sus enemigos. Las fuerzas de que disponen, como no vienen de Dios, no podrán resistir mucho tiempo. Están orgullosos de su bravura; ¿pero no estamos nosotros seguros de la asistencia divina?» Efectivamente, se realizan milagros. Los normandos, en el momento de combatir, aperciben un hermoso jinete montado sobre un caballo blanco. Al extremo de su lanza flota una bandera blanca sobre la cual resplandece la cruz. Parece que salga de sus mismas filas y que quiera precipitarse con ellos contra los sarracenos. Excitados por esta visión, los cristianos hacen prodigios de valor y alcanzan la victoria. En su parte de botín, Roger toma cuatro camellos, que envía al papa Alejandro II, y éste concede á los normandos la remisión de sus pecados y les regala un estandarte bendecido.

Pero el objeto de los conquistadores era la anexión total de Sicilia. Palermo no sucumbió, sin embargo, hasta 1072. Los dos hermanos no comprendieron siempre la necesidad de permanecer unidos, y cometieron varias veces la falta de dividir sus fuerzas. No se apercibieron hasta más tarde de la necesidad de tener una marina. Cuando la hubieron creado, los griegos y los sarracenos perdieron toda su importancia como enemigos. La potencia italo-normanda, que dominaba desde Benevento hasta Palermo, estaba fundada.

La obra conservó al principio su unidad. Dejando la mayor parte de la Sicilia á su hermano, Roberto Guiscard guardó para sí Palermo, la mitad de Mesina y todo el valle Demone. En tierra firme terminaba la conquista con la toma de Amalfi (1073) y de Nápoles (1078). Los lombardos de la Pulla, aunque dominados por las armas, habrían podido estorbar sus empresas; para tenerlos más seguros, se casó con la hija de su príncipe. Por otra parte, avivó diestramente las envidias y los odios que dividían á sus propios compatriotas, los pequeños jefes normandos establecidos en la Italia del Sur, y de este modo impidió que se concertaran contra la dominación fuerte bajo la cual debía doblegarse.

Este soldado insensible y feroz, astuto y sin fe, encontraba el medio de tener amigos y entusiastas partidarios. Inspiraba un respeto afectuoso á sus hijos; ninguno de ellos se rebeló contra él. Consiguió ganarse completamente á su clero. Devoto como todos los normandos, prodigaba sus beneficios á los monjes, construía ó adornaba las iglesias de Palermo y de Salerno, y sobre todo rendía un culto fervoroso á su patrón particular, San Benito. En el Monte Casino, que visitó antes de invadir los dominios del papa, se le encontró una mañana arrodillado delante del altar, absorto en su plegaria.

Gregorio VII se espantó, al principio, viendo cómo se engrandecía á las mismas puertas de Roma esta nueva potencia, y excomulgó al conquistador. Pero el clero de la Baja Italia sostuvo á Roberto Guiscard hasta contra el papa. El anatema no produjo ningún efecto en

hombres como el abad Didier, de Monte Casino, y Alfano, de Salerno, quienes siguieron en relaciones con el excomulgado. El papa acabó por renunciar cuerda-mente á sus propias miras sobre la Italia meridional. Puesto que no se podía arrancarla de manos del aventurero, más valía, como lo había ya pensado el papa Nicolás II, aceptar el hecho consumado. Gregorio VII, tuvo la idea de tomar á Guiscard y á sus normandos como auxiliares en su lucha contra los imperiales y los adversarios de la reforma eclesiástica. La alianza se concertó y aprovechó á las dos partes. Roberto encontró en el clero reformista un precioso instrumento de dominación. Por lo demás, protegiendo á Gregorio VII, salvó quizá el poder espiritual del mayor peligro que el Papado hubiera corrido hasta entonces. Hasta se difundió por un instante el rumor de que Gregorio iba á hacer de su aliado un emperador de Roma para oponerle á Enrique IV y á su antipapa Guiberto de Ráveno (1080). Pero la ambición práctica de Roberto pretendía una corona de mayor utilidad para tomarla y guardarla.

Desde 1060, la codicia de los normandos se fijaba en el imperio bizantino, y su jefe no había cesado jamás de abrazar á la vez en sus proyectos de conquista el Occidente y el Oriente. Sobre todo le atraían el Adriático, la Iliria y Constantinopla. Este guerrero opinaba que el dueño de Nápoles y de Palermo debía llegar á poseer todo el Mediterráneo. Había ya fijado su pensamiento en la costa tunecina y en Malta. En 1076, el casamiento de su hija con el heredero del imperio griego, Constantino, le permitió entrar en relaciones directas con los emperadores de Bizancio. Estos comprendieron lo que les esperaba cuando vieron al normando apoderarse de Corfú, de Cefalonia y de Durazzo, llaves de su territorio. Los venecianos, interesados en retardar su marcha sobre Constantinopla, trataban inútilmente de disputarle el paso, cuando la muerte, único obstáculo que no había previsto, lo detuvo en su camino á los sesenta años de edad (1085).

Sus designios desaparecieron con él; pero la obra cumplida en tierra italiana debía subsistir. Sin embargo, no fueron los descendientes directos de ese héroe los que tuvieron el honor de dar al nuevo Estado una constitución sólida y una civilización original. Esta tarea estaba reservada á Roger, el más joven de los conquistadores de la casa de Hauteville, y á los sucesores del mismo. En 1127, el gran conde de Sicilia, Roger II, reunía el ducado de la Pulla á su dominio; en 1130 tomaba el título de rey. Poderosamente organizada en el interior, engrandecida en el exterior por las conquistas hechas á expensas del imperio griego y de los sarracenos de la costa de Africa, esta realeza fué una de las creaciones políticas más sorprendentes que haya producido la Edad media. Es la obra maestra del genio normando.

Se encuentran en ella, aún más reforzados, los rasgos esenciales de la constitución del ducado de Normandía. Los vasallos todos dependen allí inmediatamente del soberano feudal. Los poderes conferidos al jefe de Estado son singularmente extensos. El rey de Sicilia no admite que los condes y los barones presten á nadie más que á él los servicios feudales. Todos los castillos están en su poder. Prohibición absoluta de construir,

sin su consentimiento, torres y fortalezas; la salvaguardia y las guarniciones del rey deben bastar á la defensa de sus súbditos. Un señor no puede enajenar su feudo ni casar á su hija ó á su hermana sin el permiso del rey. Los feudos de los menores le son devueltos y él los administra hasta la mayor edad, fijada en los veinticinco años. A excepción de un pequeño número de feudatarios y de abades, los barones no tienen más que la jurisdicción civil; solamente el rey y sus oficiales juzgan en lo criminal. En ninguna parte el feudalismo depende tan estrechamente del poder soberano. Las hábiles medidas, tomadas sobre todo por Roger II, para dividir los feudos demasiado extensos y aumentar el número de los feudatarios, acaban de hacerlo impotente. La Iglesia está aún más sujeta que la nobleza. El rey, «legado nato de la Santa Sede,» nombra los obispos, los traslada de una á otra diócesis, exime á los abades de la jurisdicción episcopal, dispone del poder eclesiástico más completo. En esta monarquía, feudal por la forma, todo parece arreglado en vista de una centralización rigurosa. El dueño de esta realeza improvisada es de todos los príncipes de Europa el soberano más absoluto.

Realizó el milagro de haber hecho aceptar su dominación por los pueblos de razas, de costumbres y de religiones tan diferentes que vivían reunidos bajo su ley. Al empezar el siglo XII, en pleno feudalismo, en plena teocracia, la Sicilia vió este fenómeno: el principio de la igualdad de cultos puesto en práctica, gracias á la tolerancia de los reyes. Normandos católicos, griegos cismáticos, musulmanes, judíos, cada uno ruega á su Dios á su manera y sigue en buena inteligencia con su vecino. El judío paga ahora al normando el tributo que antes pagaba al sarraceno; pero conserva su sinagoga y sus doctores. Los sarracenos tienen en Palermo numerosas mezquitas, escuelas públicas en que se lee el Alcorán, mercados, barrios enteros que les pertenecen en propiedad. Roger II se rodea de musulmanes y les confía las funciones más importantes del Estado. Abundan en su escolta personal y en su ejército. A la diversidad de religiones y de lenguas corresponde la de legislaciones. El Alcorán continúa siendo el código de la población árabe y los cádiés juzgan, según la ley de Mahoma, las contiendas entre los musulmanes.

Al contacto de las civilizaciones griega y árabe, en ese cuadro espléndido de la naturaleza siciliana bañado por el sol, los hijos de los rudos peregrinos de Salerno, guardados y servidos por negros, adoptan las maneras de reyes orientales. Aprenden á leer y á escribir el árabe. En sus diplomas y en sus monedas se encuentran siempre tres lenguas: árabe, griego y latín. En las pinturas y en los mosaicos de la iglesia de la Martorana, en Palermo, Roger II aparece prosternado delante de la Virgen, que tiene en la mano una larga carta griega. En otra parte, vestido con un traje bizantino, llevando la dalmática, recibe de manos de Cristo una corona real. Su corte suntuosa, abierta á los sabios, á los artistas y á los literatos, rivaliza con la de Bizancio. Él mismo, protector del célebre Edrisi, rodeado de profesores venidos de Oriente, colabora en las más grandes obras geográficas que nos ha legado la Edad media. Se ocupa, con un cuidado particular, de la alta escuela de Salerno, donde iban á formarse los médicos más sabios de Europa, latinos, árabes y judíos. Sus arquitectos sarra-

cenos le construyen palacios rodeados de jardines deliciosos, á estilo de las quintas de recreo del Africa del Norte. En Palermo y en Cefalú se levantan esas iglesias maravillosas, producto de un arte compuesto y no obstante armónico, en el que se revela tan claramente la extraña fusión de los elementos francés, árabe y griego. Allí tres pensamientos religiosos, tres razas, tres estéticas han impreso su huella á la vez y casado el Oriente al Occidente.

Parece que el dichoso poseedor de tantas riquezas no pueda ya abandonar los jardines encantados de Favara y de Al-Ménani, mecido entre los brazos de las bellas sarracenas por los cantos de sus poetas árabes. Pero el normando no está más que medio transformado; no ha perdido nada de su vigor primitivo. Roger II sigue «ganando» como lo hacían sus antepasados. Invade Corfú, la Acarnania, la Etolia; toma Tebas y Corinto, y obliga al emperador de Constantinopla á sufrir el despojo sin decir nada. Resiste á otro emperador, el de Alemania, y arranca á los papas concesiones que legitiman sus nuevas conquistas. Al primer rumor de una revuelta de los barones ó de las ciudades en la Calabria ó en la Pulla, el rey de Sicilia y sus guerreros caen, como un huracán, sobre la Italia del Sur, lo derrumban todo con furia, y de una ciudad floreciente, como Melfi y Bari, no dejan piedra sobre piedra. El espíritu de los antiguos Vikings no estaba más que adormecido en ese conquistador. Por todas partes donde ha procedido con rigor, se diría que han pasado Ragnar Lodbrock y Björn Côte-de-Fer.

IV.—Guillermo el Bastardo y la conquista de Inglaterra (1)

Fué la misma raza de hombres la que, atravesando la Mancha, ejecutó esa otra empresa asombrosa, la conquista del reino anglo-sajón. Un normando concibió el proyecto, lo combinó todo y lo dirigió todo. Ya no se trata aquí de las hazañas de una multitud anónima ó de un puñado de aventureros. El amo todopoderoso de un vasto señorío quiso unir la corona de rey á la de duque. La ambición de un hombre fué la causa esencial de uno de los acontecimientos más graves de nuestra historia: la unión política de la Gran Bretaña y de la Normandía.

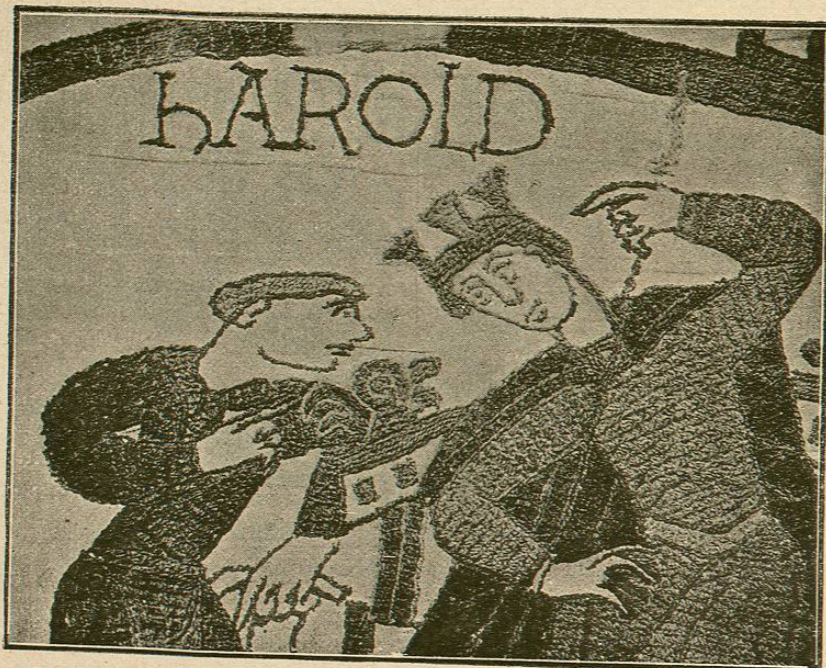
Guillermo el Bastardo ó el Conquistador (1027-1087) era hijo del duque Roberto el Diablo y de Arletta, una concubina de bajo nacimiento. De una estatura mediana, tenía brazos de atleta, una voz resonante, una fisonomía dura, casi feroz. Calvo y obeso, conservaba, á pesar de todo, cierta majestad en sus actitudes. Como todos los barones de su tiempo, era arreba-

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Agustín Thierry, *Histoire de la conquête de l'Angleterre par les normands*, 1825, obra más literaria que crítica. Freeman, *The history of the normand conquest of England*, 1867-1879. Green, *Histoire du peuple anglais*, traducción de Monod, tomo I, 1888-1889. Stubbs, *The constitutional history of England*, 2.^a edición, 1875. De Crozals, *Lanfranc, archevêque de Cantorbéry*, 1877. Bigelow, *Placita anglo-normannica*, 1879. Eyton, *Domesday Studies*, 1881. Spatz, *Die Schlacht von Hastings*, 1896. Round, *La Bataille de Hastings*, en la «Revue historique,» septiembre-octubre de 1896. H. Boehmer, *Kirche und Staat in England und in der Normandie im XI und XII Jahrhundert*, 1900.

tado, irascible, y se dejaba llevar por accesos de un furor mudo, aterradores para las personas que le rodeaban. No era, sin embargo, un hombre sanguinario. Por duro que fuese contra los nobles rebeldes, no aplicó la pena de muerte más que por excepción. De un carácter salvaje, buscando la soledad, parece no haber tenido más que dos pasiones muy vivas, el poder y la caza. Hecho distintivo: es casto. Toda su vida se contentó con una sola afición, su mujer, Matilde de Flandes, con quien casó en contra de las leyes de la Iglesia y que retuvo con su tenacidad habitual, á pesar de las censuras y de

mandos, salvo algunas revueltas aisladas, no volvieron nunca más á sublevarse.

En cuanto á los enemigos exteriores, los condes de Bretaña y de Anjou, muchas veces rechazados, se vieron precisados á dejar en reposo á un vecino tan resuelto á defenderse. Pero Guillermo no se contentaba con resistirles. Fracasó en sus tentativas sobre Dol. Más afortunado con los angevinos, tomó el Mans en 1063, á favor de los disturbios que siguieron á la muerte de Godofredo Martel. El rey de Francia, Enrique, que se había convertido en su enemigo (más tarde di-



El rey Haroldo. (Fragmento del tapiz de Bayeux.)

los anatemas de los papas. Esto asombró á los contemporáneos, poco habituados á la regularidad de las costumbres en los altos barones y en los reyes de la época, Felipe I de Francia, Enrique IV de Alemania y los mismos hijos del *Conquistador*.

* Muy joven todavía (1035), Guillermo había sido puesto en tutela, ó mejor dicho, había sido abandonado por su padre, que se encaminaba á Jerusalén.

1035 Aprovechándose de su menor edad, algunos señores normandos se insurreccionaron, cometieron todos los excesos, y llegaron hasta el extremo de degollar, por la noche, en el mismo cuarto del niño, á su intendente Osbern, objeto del odio general. Muy pronto toda la nobleza del Bessin y del Cotentin se levantó en armas, decidida á derribar á ese bastardo para substituirlo por

1047 su primo Guido de Borgoña (1047). Pero Guillermo, ayudado por el rey de Francia, Enrique I, se libró con honor de este primer peligro. Rebeldes y defensores del poder ducal trabaron en Val-des-Dunes, cerca de Caen, una verdadera batalla en toda regla, en la que el valor del joven duque hizo maravillas. Decapitados sus principales enemigos; arrasados todos sus castillos; Ruán, que había mostrado veleidades de independencia, forzada á someterse; Guido de Borgoña sitiado en Brionne y obligado á marchar de Normandía: tales fueron los resultados de esta victoria. Los barones nor-

remos en qué circunstancias), fué derrotado por él dos veces consecutivas en Mortemar (1054) y en Varaville (1058). Es verdad que Guillermo le rechazó respetuosamente, á pesar suyo, como estricto observador de la ley feudal. En 1060 habría podido explotar la minoridad de Felipe I para asestar un golpe, quizá fatal, á la dinastía de los Capetos. No lo hizo, sin embargo, ligado aún por el respeto debido al señor feudal soberano, ilusionado acaso por la idea de la gran expedición para la cual debía reservar todas sus fuerzas. A este poderoso señor sólo le faltaba el título de rey. Habiéndosele ofrecido la ocasión de serlo en 1066, el duque de Normandía, siempre dispuesto, la aprovechó.

Las relaciones de los normandos con la gran isla vecina databan de antigua fecha. Los mercaderes de Ruán encontraron en todo tiempo uno de sus mejores mercados entre los anglo-sajones, que producían poco é importaban mucho, y un reglamento de 979, promulgado por el rey Etelredo II, exime de impuestos á los ruaneses que llevaban á Londres los vinos de Francia y ciertas especies de pescados grandes. No menos antiguas son las relaciones políticas: desde principios del siglo XI la Normandía servía de refugio y de punto de apoyo á la dinastía anglo-sajona contra los invasores daneses; además, duques y reyes se unieron con lazos de familia de

tal manera, que Guillermo *el Bastardo* pudo alegar su parentesco con el rey Eduardo *el Confesor*.

Cuando se hubo extinguido la dinastía dinamarquesa, por muerte de Hartacnudo (1043), el poder volvió á manos de los reyes sajones en la persona de Eduardo, quien se mostró agradecido al duque de Normandía por haber éste favorecido su restauración. Una invasión pacífica de normandos, á quienes *el Confesor* autorizara para que atravesaran el estrecho con el objeto de ocupar en la isla los más altos empleos y las dignidades lucrativas, acostumbró ya al pueblo á soportar

normando Roberto de Jumièges, arzobispo de Cantorbery, por el sajón Stigand, que le era completamente adicto. En 1053 murió repentinamente, pero su hijo Haroldo, heredero de su poderío y de su papel, prosiguió su obra de aproximación al poder supremo; y cuando Eduardo desapareció á su vez sin dejar descendientes (1066), el hijo de Godwin, siguiendo el ejemplo de Hugo Capeto, sentóse en el trono vacante, sin tener en cuenta que su vecino, el duque de Normandía, seguía atentamente las peripecias del drama político que en Inglaterra se desarrollaba.



Juramento de Haroldo á Guillermo *el Conquistador*. (Fragmento del tapiz de Bayeux.)

el yugo de los ribereños del Sena; aunque hubiese querido, no habría podido el rey sajón oponerse á ello sin cometer grave imprudencia, pues si bien no era de temer una nueva agresión de los daneses, en cambio tenía enfrente otro peligro, la ambición de la nobleza indígena. En Inglaterra, como en otras partes, habíase formado un feudalismo hereditario, el de los *earls* ó condes, y sobre todo de los *ealdormen*, gobernadores de las provincias más vastas, que amenazaba ahogar el poder monárquico y hacer de él lo que de la realeza habían hecho los altos barones de Francia. Esta nobleza, que era ya temible á fines del siglo X, y cuyas divisiones habían favorecido la invasión danesa, llegó á ser preponderante durante el reinado de aquel monje coronado, Eduardo, que reinaba apenas, estando personificada en el gran conde Godwin, ealdorman del Wessex, hombre tan hábil y enérgico como ambicioso, especie de virrey que enfrente de un soberano incapaz ocupó una situación muy semejante á la que un siglo antes ocupara enfrente de los debilitados carolingios Hugo *el Grande* duque de los francos.

A pesar del apoyo de la Normandía y de varias tentativas de resistencia, Eduardo hubo de ceder á la fuerza y dejar que su vasallo dispusiera como soberano del gobierno y del país. Godwin habíale hecho tomar por esposa á su hija Edith, había puesto á sus hijos al frente de los condados más importantes y reemplazado al

No basta disponer de la fuerza y saber valerse de ella, pues en la Edad media aun los conquistadores más resueltos no se olvidan nunca de rodearse de ciertas apariencias de derecho. Por esto Guillermo, antes de entablar la lucha contra Haroldo, quiso que su causa fuese legitimada por la opinión, y á este efecto declaró primero que el difunto rey Eduardo le había prometido en otro tiempo su sucesión, antes de dejársela al gran conde, y después que el mismo Haroldo, durante una estancia forzada en Normandía, adonde había sido arrojado por una tempestad, había jurado sobre las reliquias de los santos que ayudaría al duque normando á tomar posesión de aquélla. De este modo quedaba planteada la cuestión de derecho. Según las dos afirmaciones de Guillermo, Haroldo era un usurpador y un perjuro; pero, en realidad, si Eduardo hizo la promesa que el duque alegaba, hízola en términos muy vagos en 1051, sin que luego la renovara; y en cuanto á la de Haroldo, se ha supuesto que consistió únicamente en el compromiso de casarse con una hija del noble normando. ¿Quién sabrá nunca la verdad? Lo esencial para Guillermo era que el clero le creyera bajo su palabra y considerara á Haroldo como violador de la fe jurada, y á fin de congraciarse también con los soberanos envió mensajeros hasta á Alemania y á Dinamarca.

El papa Alejandro II, consultado por Guillermo, pa-